

ROL BELIGERANTE. De Lupe Rumazo. Editorial Edime. Madrid.

312 págs. 19 × 14 cms.

La escritora ecuatoriana Lupe Rumazo dedica este libro al estudio del estructuralismo y de las facetas “sádicas” de la literatura, en donde cabe el teatro de la crueldad. Ha tenido la agudeza de seleccionar expresiones que manejan los críticos estructuralistas. Algunas de estas frases son las siguientes: Tiempos mítico, histórico, de madurez y de muerte, cuadros paralelos con un solo conflicto, líneas horizontal y metafórica en la novela, juegos inocentes y culpables, obra que renuncia a formularse como obra.

Esa nomenclatura crítica se prolonga: libertad hiperbólica, duplicación, espirales, espejos, laberinto, hablante y hablado, realismo ingenuo, mundos verbales, oralidad, estructura sonora y lector diagonal.

Lupe Rumazo estima que tales mecanismos recién creados poco agregan al conocimiento de una obra, como proyección de sensaciones elaboradas por el sentimiento y por el ejercicio frío, racional. Son muchos los ejemplos que expone, como indicadores de que transita por tierra firme, en actitud beligerante, con ideas propias. Pero veamos, en líneas generales, los problemas que suscita el estructuralismo.

Algunas definiciones se han intentado para resumir la idea de “estructura”. Sin duda, es un término tomado de la física, aplicado a la biología y transferido al lenguaje literario. El concurso de fuerzas, con una resultante, cuando se lleva a los dominios literarios, experimenta distorsiones, ya que no es lo mismo construir una casa que dar forma a un poema o a una disquisición en prosa.

Se ha dicho, por ejemplo, que la “estructura” es la íntima unión de lo sensible e intelectual. Así procede el niño que organiza colecciones de

objetos. En esa actividad está la invitación a ejercer un análisis, a descubrir los motivos, las líneas de fuerza y la manera de aplicarlas.

En el inmenso desorden de los paisajes es fácil descubrir un orden, cierta armonía. El excursionista, sin pensarlo, con su mirada pone en orden la naturaleza. Ese ordenamiento se hace cuando leemos un libro, puesto que, al situar los personajes, vamos creando conjuntos que pueden armonizarse o excluirse, ya que es necesario aguzar la sensibilidad para unir los planos yuxtapuestos de la exposición.

El crítico analiza las palabras, la musicalidad de la frase, el espectro de los sonidos, el conflicto que surge entre las oraciones gramaticales. Y todo eso lo refiere a un determinado plano de la cultura. No es fácil conocer las estructuras de una obra ni el papel que juegan algunos de sus elementos, ya que éstos cambian de acuerdo con la "función" que desempeñan.

La función es compleja, muestra diversas caras, según el momento histórico. No debe extrañarnos que algunas formas o líneas de fuerza produzcan risa en unos libros, mientras que en otros se convierten en valores trágicos. Esto explica que la obra de Cervantes, invariable en el texto, haya cambiado en su sentido por el juego de las actuales estructuras. Hoy día ya no reímos con Sancho, porque su fuerza estaba escondida entre su zamarra campesina.

El estructuralismo aspira a disponer de un método codificado para analizar las obras literarias, para saber cómo se han construido, sin recurrir a los criterios subjetivos de comprensión. Parece ser que no es fácil aceptar la obra de arte como lenguaje emotivo y a la vez destacar que lo único que importa en ella es el orden sintáctico y las estructuras. Cuando el crítico pasa de la dimensión sintáctica a la semántica, se da cuenta de que lo característico del lenguaje artístico consiste en la multiplicidad de significaciones que brotan más allá de las estructuras, sin que se rompan la diferencia y armonía que existen entre los lenguajes cognoscitivo y emotivo.

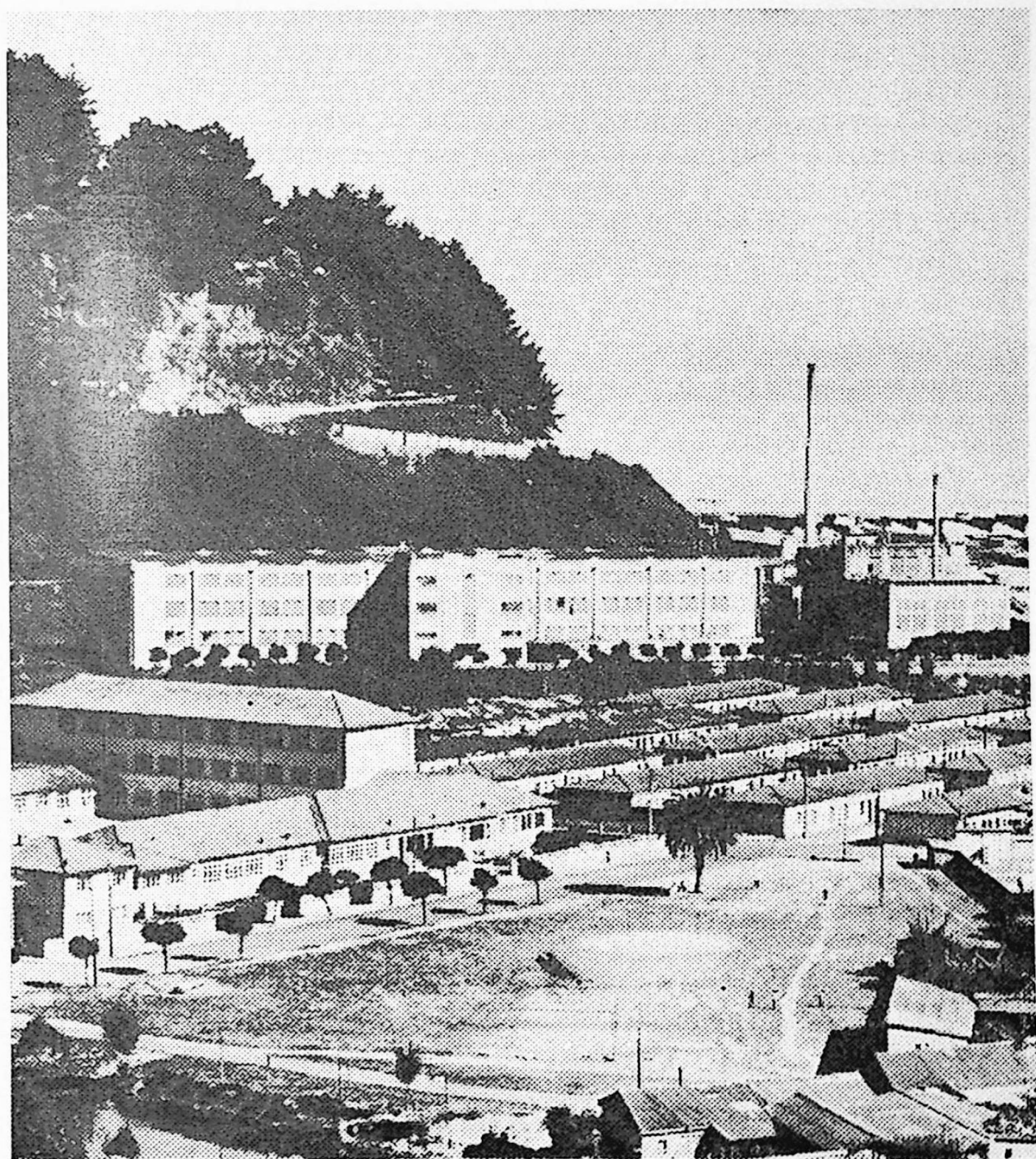
En literatura hay que retroceder al período de la formación de las lenguas primitivas para obtener una idea de los iniciales esfuerzos estructuralistas. Lo mismo sucede con la música y la arquitectura.

De esta obra de la escritora ecuatoriana se obtienen algunas enseñanzas: La primacía de la imaginación sobre la inteligencia limita la visión intelectual, esfuma la fuerza de los engranajes de cualquier tipo de creación. Desde la belleza de las formas hay que llegar a la filiación de la obra.

Cuesta trabajo aceptar la siguiente afirmación de los estructuralistas: El deleite crítico puede sacrificarse en beneficio de los valores funcionales.

Esa resistencia no supone aceptar que basta el conocimiento sensitivo de un libro, aunque gran parte de la crítica se sustenta en lo sensitivo y emocional.

Homenaje a los 20 años de la Fundación
de la "Escuela de Economía"
Universidad de Concepción



**COOPERATIVA BELLAVISTA TOME, UNA COMUNIDAD DE
TRABAJO AL SERVICIO DEL DESARROLLO CULTURAL
Y SOCIOECONOMICO DE CHILE**

"Rol beligerante" se completa con un estudio del teatro de la crueldad y del sadismo. En estas páginas se comentan las ideas de Kafka y Werheimer, de Antonin Artaud y algunas de las afirmaciones que dan forma a la "Crítica de la razón pura", de Kant.

MAX SCHELER. PRINCIPIOS DE UNA ETICA PERSONALISTA.

De Manuel A. Suances Marcos. Editorial Herder, Barcelona. 183 págs.

El profesor de Filosofía Suances Marcos, argentino, nos ofrece un estudio de los principios que fundamentan la Etica de Scheler. Esos puntos de origen son la persona, el valor, el amor en sus diversas ramificaciones y la imitación del modelo.

Con habilidad expositiva señala algunos modelos que condicionan la vida del hombre: el santo, el héroe, el conductor de la civilización y el artista. Con esos puntos de apoyo orienta su discurso filosófico en busca de cauces que permitan vislumbrar una ética de matización personalista.

Max Scheler, fallecido en 1928, discípulo de Eucken, fue partidario de nuevos métodos para la comprensión de la vida espiritual. Siguiendo a Husserl, clasificó los "valores" y las vertientes de la cultura.

Su actitud filosófica es bastante polémica, pero ha influido en el pensamiento contemporáneo, a pesar de que no formó escuela ni tuvo discípulos.

Con audacia, sintetizó la esencia de filosofías anteriores. En sus obras es fácil distinguir la huella de San Agustín y Pascal, de Aristóteles y Santo Tomás. No le fueron ajenos Kant y Nietzsche. Coincide con ellos en la primacía de la actitud ontológica, en la concepción de la verdad. Gran parte de su filosofía está resumida en su obra "El saber y la cultura".

Decía que la vida pone en actividad al espíritu, que la persona es algo dinámico, pues la finalidad del individuo es llegar a tener perfiles propios.

Habla de su interpretación de la cultura, inspiradora de una pedagogía científico-espiritual. Esa cultura se crea y sostiene por hombres que viven en sociedad, y se proyecta en un conjunto de productos humanos, materiales y de carácter espiritual: instrumentos, casas, obras de arte, verdades científicas y manifestaciones profundas de fe y amor.

La ética personalista, con sus oposiciones y matices, está insinuada en un ensayo de Scheler, titulado "Ordo Amoris", publicado después de la muerte del filósofo. Allí habla de los "valores", de las intuiciones que derivan "del plan según el cual Dios formó el mundo". He ahí las razones que el corazón desconoce, el "nomos agraphos", la ley no escrita de los antiguos. El "ordo amoris" de un hombre es la fuente escondida que alimenta los ríos de su alma.

Son bien conocidos los vaivenes filosóficos de Scheler. Reconoce que lo santo está en la cúspide de los valores y, al mismo tiempo, afirma que existe una ética material de los valores. El profesor Suances Marcos analiza con sagacidad esa posible antinomia, esa aparente pirueta en el vacío.